

## Reseñas



Aguirre, Rafael (ed.). *De Jerusalén a Roma. La marginalidad del cristianismo de los orígenes*; (Estella (Navarra): Editorial Verbo Divino, 2021), 264 pp.

Reseñamos una reciente publicación del grupo de investigación *Orígenes del Cristianismo*<sup>1</sup> que supone el tercer volumen de aportaciones que viene realizando en los últimos años<sup>2</sup> este grupo de investigadores de formación teológica, pero que saben aunar no solo los saberes de su propio campo sino de los procedentes de la sociología, la historia e incluso la misma ciencia aplicada, como la psicología o la neurociencia; aportando novedosas interpretaciones y líneas de trabajo que deberían ser tenidas en cuentas por los estudiosos del cristianismo, tanto en sus primeras fases como en su momento de mayor expansión y consolidación. El presente volumen, editado por el catedrático emérito de Teología de la Universidad de Deusto, Rafael Aguirre Monasterio, aborda en esta ocasión el estudio de las primeras comunidades cristianas, de finales del I al siglo II, desde la perspectiva de su relación y actitud con el resto de la sociedad en la que estaban insertas, es decir, la estructura imperial romana y la sociedad gentil, así como la comunidad judía; sin olvidar, la situación interna de las mismas.

La estructura del libro obedece también al propósito de hacer que el lector pueda darse cuenta por sí mismo, a medida que avanza en la lectura, de la evolución de la perspectiva que los cristianos tuvieron de la sociedad circundante y el modo en que se relacionaron o querían relacionarse con ella. Para tal fin, a la introducción, le sigue la secuencia en estudio, en primer lugar, de los textos neotestamentarios hasta *Apocalipsis*, en segundo lugar los testimonios de las postrimerías del siglo I y finalmente los textos de la patrística del siglo II.

La obra se abre con una introducción que tiene por objeto, situar al lector en cuál va a ser el principal objeto de estudio de la monografía y, sobre todo, en qué coordenadas metodológicas se va a abordar, tal es el estudio de las comunidades cristianas de los siglos I-II entendidas como grupos marginales. Cierra este apartado una breve exposición de los capítulos que componen el libro, un total de nueve.

---

<sup>1</sup> Para más información sobre el grupo de investigación ver: <https://www.origenesdelcristianismo.com/index.php/es/>

<sup>2</sup> La primera obra fue *Así empezó el cristianismo* (Estella (Navarra): Editorial Verbo Divino, 2010) a la que siguió *Así vivían los primeros cristianos. Evolución de las prácticas y de las creencias en el cristianismo de los orígenes*; (Estella (Navarra): Editorial Verbo Divino, 2017), que tuvimos ocasión de reseñar en el último volumen de esta misma revista (vol. 17, 2020).

Corresponde empezar la obra a Carmen Bernabé Ubieta estudiando, principalmente, los Evangelios sinópticos a los que aplica la teoría de la triple dimensión espacial, expuesta entre otros por Henry Lefebvre, David Harvey y Edward Soja. Como resultado, se apunta a que la imagen del “Reino de Dios” que aparece frecuentemente en boca de Jesús, estaba concebida como una nueva representación espacial, un “tercer espacio”, usado para mostrar a sus seguidores una nueva escala de valores morales y éticos que, inevitablemente, implicaban un cambio en los modos de vida, chocando claramente con “el orden establecido” y, en consecuencia, situando a aquellos que decidieran abrazarlos en una posición claramente marginal. En definitiva, Carmen Bernabé, estima que el “Reino de Dios” como símbolo espacial de un lugar anhelado de justicia, paz y no violencia, llamaba a asumir en el presente terrenal nuevos principios marginales, dentro de la sociedad judía, proponiendo valores diferentes en las relaciones de todo tipo (dentro de la propia familia, en la comensalidad, la herencia o la relación con la jerarquía).

Carlos Gil Arbiol sigue los mismos principios metodológicos y aplica la idea de “tercer espacio” en la expresión “la ciudadanía del Cielo” que aparece en la Carta a los Filipenses. Con Pablo de Tarso, Carlos Gil, señala que empiezan ya a darse de una manera, si cabe más consciente, ese sentido de marginalidad en el que se sentían incluidos los primeros cristianos. Marginalidad motivada, no por diferencias socioeconómicas, sino precisamente por profesar una religión diferente que promulgaba la creación de espacios de reunión públicos donde no hubiera distinción entre “ricos o pobres”, “señores y esclavos” y para ello, Pablo de Tarso, recurre nuevamente a un espacio imaginado, “la ciudadanía del Cielo”, donde ya están operando esos nuevos valores y esa nueva identidad, siendo un espacio alternativo desde el que poder pensar la realidad presente, terrena desde un modo de vida diferente, como una “ciudadanía alternativa” a la dominante. En definitiva, el texto rebosa un marcado presentismo y llama a asumir en el ahora los nuevos valores cristianos que ya están operando “en el Cielo”.

Sin embargo, si hasta ahora estos textos llamaban a los cristianos a asumir una posición marginal, pero sin manifestar abiertamente una oposición y resistencia a la sociedad dominante, a medida que avanza el tiempo y las comunidades cristianas van ganando adeptos, así como mayor presencia especialmente en Sirio-Palestina y Asia Menor, el Evangelio de Juan, recurriendo también a un “tercer espacio”, parece que estaría llamando a sus seguidores a hacer de esa posición marginal un desafío abierto, de resistencia, en relación al poder dominante, es decir, la autoridad imperial. Esto es lo que estudia en detalle Estela Aldave Medrano en su aportación, centrándose especialmente en el momento del encuentro entre Jesús y Pilato y la respuesta de aquel al prefecto: “mi Reino no es de este mundo”. Según su autora, Juan realiza una reinterpretación del pasaje pascual y muerte de Jesús, haciendo de él un modelo de resistencia a la autoridad, pues aunque sometido a Pilato, Jesús es presentado con suficiente valor como para, por ejemplo, negarle la respuesta al prefecto. Sin embargo, esta actitud pasa, para Juan, por negarse a utilizar la violencia proclamando la paz frente a un Imperio quintaesencia de la coerción y la dominación; a la vez que llama a admitir en la comunidad al “adversario”, si este se convierte en la nueva fe.

Rafael Aguirre Monasterio incidirá en su capítulo, a modo de síntesis final, en esta consciente noción de marginalidad en la que se situaron las primeras comunidades cristianas y lo hace recurriendo a los que son los versículos del Antiguo Testamento más citados en el Nuevo Testamento, Salmo 118. 22-23: “la piedra que los constructores rechazaron”. Haciendo un repaso de los principales pasajes del Nuevo Testamento, así como de algunos extracanónicos, Rafael Aguirre, concluye que la “piedra rechazada” fue otra imagen utilizada para proyectar la marginalidad cristiana, con respecto tanto a la sociedad judía como a la romana, a la vez que era símbolo para reivindicación de la víctima, Jesús y los cristianos, que terminarán triunfando frente a los opresores por la justicia de Dios.

Con Sergio Rosell Nebreda, podríamos señalar un punto de inflexión en la obra ya que a partir de su aportación los autores se detienen a analizar con mayor profundidad, una vez consolidada la marginalidad cristiana, cuál es la relación y actitud que las comunidades debían tener con respecto a la autoridad romana imperial y a su sociedad. Sergio Rosell se detiene a estudiar el libro de Apocalipsis, haciendo un magistral estudio exegético, desentrañando el sentido de la obra y aportando una sugerente perspectiva de estudio, ya que ante nosotros Apocalipsis se erige como un documento dirigido a criticar y atacar uno de los principales elementos de cohesión del Imperio, el culto imperial a sus emperadores, el cual es sustituido en su imagen de poder, por el “cordero inmolado” y presentado a Roma (la nueva Babilonia) como un mero poder terrenal que no puede alcanzar lo celeste. Apocalipsis llama a adorar al “cordero”, que ya ha triunfado en el plano celestial, en sustitución del culto imperial y a esperar la venganza divina. Según el autor, pese a las imágenes pretendidamente violentas, no se llama al derrocamiento de un régimen pero sí a que su comunidad no comulgue con el tipo de sociedad y cultura que promueve. La trascendencia de esta actitud es la conducirá a las persecuciones de la segunda mitad del siglo III y encontramos en Apocalipsis una de sus raíces.

Frente a esta actitud de resistencia y en cierto modo de subversión, en una cronología cercana, David Álvarez Cineira, analiza con excelente rigor histórico, la carta atribuida tradicionalmente a Clemente de Roma y dirigida a la comunidad de Corinto. David Álvarez, pone de manifiesto cómo, pese a que la carta no deja de presentar a la comunidad cristiana como marginal, esta marginalidad quedaría reducida al ámbito de la práctica religiosa, que les impediría participar de las ceremonias gentiles, y de la actitud ética, pero para Clemente ello no es motivo para romper totalmente con los valores morales y virtudes que promulga Roma. Tan es así que Clemente aboga por la *pax romana* y los valores estatales romanos, alabando incluso el servicio de las legiones. Al igual que Dios, el Imperio ha traído paz y armonía la ecúmene y Clemente llama a rezar porque Dios la conserve. David Álvarez advierte sobre tres aspectos fundamentales de este documento: por un lado, la influencia de la filosofía estoica y del judaísmo helenístico fruto de la mano del autor, que tenía una sólida formación intelectual y debía proceder de los sectores acomodados de la ciudad; por otro, la influencia que tuvo que tener en Clemente la propaganda imperial flavia de los años precedentes, que conminaba a la *restitutio pacis* y la política del propio emperador Nerva, pues parece que fue bajo este reinado cuando pudo escribirse la epístola; y, en tercer lugar, la trascendencia histórica del mismo por

estar en la base constitutiva de la teología imperial que se desarrollará con especial intensidad en el siglo IV.

Fernando Rivas Rebaque pone un sello distintivo a la temática de lo que se venía tratando, al estudiar, a través de los escritos de Ignacio de Antioquía, cómo las propias comunidades cristianas adoptaron mecanismos de marginación de grupos que, llegados a comienzos del siglo II, empezaron a considerarse claramente peligrosos para mantener la unidad cristiana. Para Fernando Rivas, un factor clave fue la progresiva mayoría de elementos gentiles en las comunidades, frente a los de procedencia judía, con la consecuencia de que estos pasaron a ser considerados como marginales por los gentiles; frente a un emergente modelo mayoritario, que califica de “Gran Iglesia”, que, entre otros principios, tenía en su centro el de la estructura ministerial con el obispo en la cúspide. El autor analiza entonces los tres grupos o corrientes que pueden identificarse a través de Ignacio de Antioquía: los judaizantes, los “docetas”, estos calificados con el término de “herejes” en un sentido laxo, y la mayoritaria de la “Gran Iglesia”. Identifica, así mismo, las diferentes estrategias de marginación a las que apela Ignacio Antioquía para mantener la unidad de la comunidad y defenderse de la acción de estos grupos, resaltando cómo uno de los pilares esenciales y diferenciales al obispo y el resto de los miembros del ministerio, presbíteros y diáconos; lo cual, no pasa desapercibido para el autor pues observa correctamente cómo aquí está el germen del futuro “episcopado monárquico”.

Finalmente, Elisa Estévez López, cierra el volumen con un estudio diacrónico en fuentes, aunque da especial atención a Tertuliano, centrado en la relación que los cristianos, en su posición marginal, tuvieron con las actividades profesionales y el dinero. La autora pone especial énfasis en las alocuciones de los apologetas a una actividad laboral plena de cuyo fruto, en forma de riqueza, pueda beneficiarse la comunidad con las obras de beneficencia y caridad que el miembro comunitario debe realizar para con ella. A la luz de esto se incide, además, en los problemas que suponía en ocasiones la incorporación precisamente de individuos o sectores sociales acomodados ante el peligro de que estos vieran en la caridad cristiana una nueva forma de evergetismo que les reportara la fidelidad de este sector social cristiano, que pasaba a ser una suerte de “cliente” más.

Esta obra es, en consecuencia, un competente e imprescindible estudio que ofrece una novedosa visión de conjunto sobre los dos primeros siglos del cristianismo, desde su óptica como grupo que se consideraba y comportaba marginalmente, aunque con una notable pluralidad en la forma de manifestar esa situación marginal. Incluye, además, una novedad con respecto a volúmenes anteriores y es un noveno capítulo, escrito en conjunto por sus autores, donde se hace una sugestiva reflexión acerca de la situación actual de la Iglesia Católica y cómo aplica el estudio del “cristianismo de los orígenes” a la misma. Así mismo, el estudio destaca por la interesante aplicación de conceptos del ámbito de la sociología. El libro ofrece, también en este sentido, una metodología que puede ser aplicada al estudio de otros grupos religiosos o sociales en distintas épocas y culturas.

Fernando Blanco Robles  
Universidad de Valladolid